

Jazanut

EN EL MOVIMIENTO MASORTI

El Jazan en el Siglo XXI

La jazanut es uno de los oficios que más transformaciones ha sufrido a lo largo de la Historia, todas ellas condicionadas por la compleja —y muchas veces trágica— experiencia del pueblo judío en el exilio.

¿Qué es la jazanut? En esencia, es el trabajo de los Shiljei Tzibur, para dirigir el rezo. Dicho oficio se consolida tras la destrucción del Bet Hamikdash, cuando quedaron en desuso los coros de los leviim (junto con todos los oficios sacerdotales), y la dinámica religiosa del judaísmo se concentró en gran parte en la sinagoga. Dicho en otras palabras: la jazanut es una actividad eminentemente religiosa, surgida de la desaparición de las antiguas instituciones del judaísmo.

Pero también es nuestra “música culta”, equivalente a la Música Clásica occidental. Acaso la diferencia estriba en que esta última se desarrolló como parte de una cultura expansiva, mientras que el judaísmo —concentrado en sobrevivir y preservarse— mantuvo el carácter original de la jazanut como oficio estrictamente religioso, llevado a cabo siempre de un modo tradicional.

Lo anterior tuvo un efecto muy palpable en la evolución del oficio del jazán, que paulatinamente también ha tenido que abordar labores educativas, llevando el concepto de “emisario” a un nivel más allá de lo musical: no sólo canta e inspira el rezo de quienes le oyen cantar; también debe ser ejemplo cotidiano y está presente en los momentos de gozo y duelo de todas las familias de su comunidad. Y su labor no sólo es cantar: es enseñar y contagiar pasión por el judaísmo y el amor por la tradición de Israel. Enseñar a otros a poder dirigir los rezos y conectarse con la Torá y las mitzvot a través de la música y ayudar a que cada uno entienda lo que está viviendo, y reforzar de ese modo la identidad ancestral de cada judío.

Todo eso no significa que los jazanim —especialmente los de los últimos cinco siglos— hayan sido insensibles o indiferentes a lo que sucedía en el mundo musical externo a la sinagoga. Tenemos maravillosos ejemplos de música sinagoga compuesta bajo los esquemas barrocos —como la melodía tradicional para Maoz Tzur—, y a partir del siglo XIX, en el marco del desarrollo del judaísmo liberal (especialmente en Alemania), aparecieron grandes figuras como Jacques Fromental Halevy (1799-1862), Samuel Naumbourg (1815-1880), y acaso el más importantes de esa generación, Louis Lewandowski (1821-1894). Con estos compositores, los estilos y las estructuras clásicas ocuparon definitivamente un espacio en la música litúrgica judía.

Los efectos se hicieron sentir pronto, y con la transición al siglo XX aparecieron los grandes jazanim, que elevaron el desempeño de su oficio a un nivel comparable al de la música de concierto (específicamente, la ópera). Gershon Sirota (1874-1943), Zavel Kwartin (1874-1953), Yossele Rosenblatt (1882-1933), Mordejai Hershman (1888-1940) o Moshe Koussevitsky (1899-1966) representan el primer gran auge “comercial” de la jazanut.

¿Por qué decimos “comercial”? Porque todos ellos desarrollaron su trabajo al tiempo que la radio y el gramófono empezaban a imponerse como medios masivos de comunicación, y su voz pudo ser conocida en muchos más lugares gracias a estos recursos de la modernidad.

Desde entonces, la tecnología se ha convertido en un arma de dos filos para el jazán: gracias a ella, la gente de su sinagoga puede escucharlo en casa, además de que puede ser conocido en todo el mundo. Más aún: puede volverse famoso, y fe de ello la da el éxito mediático que han tenido en la actualidad jazanim como Mizrahi, Helfgot, Finkelstein o Miller. Pero esas aparentes ventajas nos enfrentan a un nuevo problema, anclado en la vieja pregunta: ¿qué somos los jazanim? ¿Estrellas o Shiljei Tzibur?

Estas tensiones entre tradición y modernidad y entre devoción y prestigio han llegado al clímax con el auge de internet: hoy en día, no hay jazán que no pueda estar vinculado con lo que sucede en todo el mundo. Así se encuentre en una alejada sinagoga en cualquier rincón del mundo, puede escuchar lo que hacen otros jazanim, conseguir r el partituras nuevas, materiales didácticos, tomar o dar clases, o subir a la red sus propios videos para ser escuchado. Y, sinceramente, no tenemos por qué considerar todo eso como algo negativo, sino todo lo contrario.

Pero, a la par, está siempre la tentación de darle más importancia a ese rol mediático que a lo verdaderamente importante en la vida del jazán, aquello que define su vocación personal e histórica: el momento en que se levanta en medio de la congregación, para dirigir las tflot por medio de las melodías y las palabras que los judíos hemos usado durante miles de años, y en todos los lugares a donde nos llevó el exilio o la diáspora. Dicho de otro modo: el jazán tiene el privilegio y responsabilidad de ser el vínculo de carne y hueso que no sólo nos acerca a Adon-i, sino que también nos une con todo Am Israel, a lo largo del tiempo y el espacio.

¿Es posible que esta vocación se vea afectada por la tecnología y la modernidad? En general, el judaísmo es una tradición vital, intensa, dinámica y que ha sobrevivido a innumerables retos, siempre robustecido. Así que podemos confiar en que, aún en este caso, la devoción y la sinceridad serán quienes le den sentido a las ventajas que nos ofrece el mundo actual, y no al revés.

Pero la tentación individual allí sigue, y con ello el reto de entender que el jazán, antes que a internet, al estudio de grabación o a la música de concierto, se debe a su kaal, a aquellos a quienes representa para que puedan salir del shul con la satisfacción de haber tenido un momento de contacto con el Todopoderoso, con lo Trascendental y con lo Eterno.

Jazan Ari Litvak
Comunidad Bet El
México DF, México